

sale de su inercia: dicese que es manso y pacífico porque no se le ha visto nunca acometer á un hombre, como este no le irrite antes mucho. Se puede uno bañarse en medio de estos animales, y alrededor de ellos nadan tranquilas otras focas pequeñas. Pernetty asegura que sus hombres montaban sobre los elefantes marinos cual si fuesen caballos, y que los aguijoneaban á cuchilladas cuando iban despacio.

Los naturalistas que habian elegido las Kerguelen para observar el paso de Vénus, refieren cosas parecidas. Weinek se colocó á cuatro pasos de distancia de dos de esos animales para dibujarlos, sin que por ello fijaran su atención en él; parecia que ambos dormían, y solo á veces levantaba el mas grande las aletas para rascarse, encorvándose hacia el vientre; mas curioso aspecto ofreció cuando se rascó una mano con la otra, bufando continuamente para expresar el placer que esto le causaba. El pequeño se despertó, volvió la cabeza hacia un lado y mirando al intruso con cierta curiosidad mezclada de temor, colocóse al lado de la madre, cual si quisiera buscar auxilio, y no pudo ya tranquilizarse. Al fin se despertó tambien el adulto, y mirando al viajero, emprendió lentamente la marcha hacia el mar.

En la noche del mismo día el cistóforo pequeño estaba otra vez en el sitio abandonado, dejóse coger y consintió en hacer las veces de cabalgadura; pero desplegó tanta fuerza para librarse y llegar al mar, que dos hombres no podían detenerle. Aun despues de hallarse en su elemento no huyó, sino que seguía con sus miradas á los intrusos que le habian estorbado.

Pernetty refiere que un pescador inglés cobró afecto á un macrorino elefante, y como le protegiera contra sus compañeros de pesca, vivió aquel individuo en paz, mientras que mataban á los otros á su lado. El pescador se acercaba á él todos los días y le acariciaba, y á los pocos meses le habia domesticado lo bastante para que acudiera cuando le llamaba y se dejara introducir el brazo en la boca. Por desgracia trabó el marino una disputa con sus compañeros, y estos se vengaron matando á su favorito.

El período del celo, que dura desde el mes de setiembre hasta el de enero, promueve cierta animación entre estos animales: los machos luchan con encarnizamiento por las hembras, aun cuando estas sean mucho mas numerosas, y caen unos sobre otros lanzando gruñidos y una especie de murmullo prolongado. Inflan su trompa; abren la boca y se muerden, dando pruebas de ser muy insensibles, pues aunque estén gravemente heridos y les hayan arrancado un ojo en la lucha, continúan peleando, sin detenerse hasta que les rinde la fatiga. Verdad es que sus heridas se curan con una rapidez increíble, y por lo mismo es muy raro que sucumba uno de los combatientes en aquellos duelos. Todos los machos viejos tienen el cuerpo cubierto de cicatrices, y entre mil no se encuentra uno solo cuya piel no esté desgarrada. Las hembras presencian como espectadoras interesadas aquellas peleas, siguen al vencedor en las aguas sin oponer resistencia, y se dejan acariciar por él.

Diez meses despues del apareamiento, en julio ó agosto, por lo regular, pare la hembra: en Patagonia se verifica el parto á principios de noviembre, al cabo de un mes de llegar la especie á dicho punto. Los recién nacidos tienen de 1^m,30 á 1^m,50 de largo, y pesan unos 40 kilogramos; la madre no los amamanta mas que ocho semanas, durante cuyo tiempo permanece en tierra sin comer cosa alguna. A los ocho días ha crecido el pequeño mas de un metro, y el peso aumenta en una mitad; á los quince aparecen los primeros dientes, y á los cuatro meses se completa la dentición: segun crece va enflaqueciendo la madre, pues solo se alimenta de su grasa.

A las seis ó siete semanas es conducido el hijuelo al agua:

toda la familia se aleja lentamente de la ribera, y avanza un poco mas cada día mar adentro. El macrorino elefante permanece allí hasta el período del celo para emprender entonces nuevos viajes. Los pequeños siguen á la gran manada; pero al cabo de algunos meses los ahuyentan los viejos.

A los tres años aparece la trompa en el macho, y aumenta mas en grueso que en largo: á los veinte ó veinticinco entran estos animales en el período de la vejez: los pescadores no creen que se encuentren individuos de mas de treinta años.

CAZA.—El hombre persigue á esta especie donde quiera que la encuentra. En otro tiempo vivían los macrorinos tranquilos y seguros en sus desiertas islas; mas ahora se ha organizado contra ellos una cacería regular y su número disminuye de día en día. Los salvajes no podían apoderarse sino de aquellos que la tempestad arrojaba á la playa: corrían hacia el pobre animal con una tea encendida y se la introducían en la boca hasta que moría asfixiado. Cada cual le arrancaba entonces un pedazo de carne, y todos permanecían allí comiendo y durmiendo mientras hubiese algo que devorar. Las tribus mas enemigas estaban en paz junto á los restos; pero acabado el festin, seguían su curso la lucha y los asesinatos.

Los cazadores de focas hacen terribles matanzas entre estos animales indefensos. «A la hora del medio día, refiere Coreal, llegué con cuarenta hombres á tierra firme; cercamos á los lobos marinos, y á la media hora habíamos inmolado cuatrocientos.» La gente de Mortimer mató en ocho días unos mil doscientos cistóforos proboscídeos, y fácilmente hubiera podido coger varios miles si hubiese continuado la carnicería. Estos informes son exactos en cuanto se refieren á las cacerías efectuadas á principios de nuestro siglo; pero hoy día estos animales ya han disminuido de tal modo, que un cazador se da por muy contento cuando puede apoderarse en todo su viaje de cien á doscientos de estos pinípedos. La caza que se hace en la costa de California, segun Scammon, apenas da producto alguno; para obtener con seguridad un buen botín es preciso ir á las islas solitarias en los límites meridionales del área de dispersion y permanecer allí muchos meses, cuando no años enteros. Las orillas de estas islas desiertas, entre las cuales se consideran las de Kerguelen como el punto mas importante para la caza de estos animales, están bordeadas de escarpadísimas rocas, que dificultan el acceso de la costa; en extensos espacios es imposible, hasta para los barcos mas pequeños, anclar en medio de estas rocas, y aunque el tiempo esté muy sereno, los cazadores que llegan en lanchas se ven obligados á saltar al agua para sujetar la embarcación, á fin de que no se estrelle contra la pedregosa costa; el mar está siempre alborotado en estos parajes, y apenas sopla el mas leve viento, cubre la orilla con sus olas á considerable altura. No sin razón dió Cook á las Kerguelen el nombre de «islas de la desolación;» pero mas bien merecen este calificativo las de Herd. En las Kerguelen hay al menos puntos en los cuales puede entrar un buque; pero en las cercanías de Herd, uno de los puntos mas productivos para la caza, el barco que conduce cazadores debe prepararse á resistir las mas terribles tempestades en medio de las furiosas aguas. Solamente los hombres mas intrépidos y enérgicos, muy expertos en la pesca de la ballena y en la cacería de focas, emprenden semejantes expediciones. El buque que los conduce al punto de su destino lleva siempre doble número de tripulantes, y va precedido por lo regular de una embarcación mas pequeña como exploradora. Al llegar delante de la isla échanse al agua las anclas mas pesadas, se quitan todas las velas y hasta los palos, y colócanse bajo cubierta; de este modo se prepara todo lo mejor posible para resistir las tempestades mas fuertes. Solo entonces desembarca una parte de la tripulación para dar principio á la caza. Unas miserables

chozas, cuyas paredes se reducen á pedazos de lona y sin mas techo que una vela extendida, son el único albergue de aquellos hombres durante semanas y meses enteros; allí arrostran las tempestades y la lluvia, el hielo y las nieves, hasta que llegan por fin los elefantes marinos. Entonces matan tantos como pueden, los vacían, ponen la grasa en barriles y la llevan en días favorables al buque. En la mayoría de casos, y despues del período que estos pinípedos pasan en tierra firme, una parte de la tripulación permanece en la isla bien provista de todo lo necesario para la subsistencia, pero expuesta á todas las intemperies: su único objeto es continuar durante el invierno la cacería de estas y otras focas, pingüinos y diversos animales. Cuando llegan á la vez varios buques que conducen cazadores de focas, las diferentes sociedades se reparten las islas en ciertas partes y vigilan la que les pertenece con el mismo celo con que un cazador de las altas montañas vigila su territorio de gamuzas; pero casi siempre se ayudan alternativamente á descuartizar y preparar las piezas que penetran en los límites de una ó otra partida.

En aquellas islas tan lejanas, esta caza produce todavia pingües beneficios que, sin embargo, varían segun los años. Así, por ejemplo, en 1866 se cogieron en dos de las islas de Crozet cerca de 2,000 elefantes marinos; mientras que en el año siguiente solo se mataron 346; los mas se cazaron en los meses comprendidos desde octubre á enero, y los otros en agosto.

Para la caza de los elefantes marinos se emplean unas mazas pesadas y lanzas de cinco metros de longitud con puntas largas, fuertes, ensanchadas en su parte anterior en forma de pala, pero muy cortantes. Con estas armas, y provistos además de carabinas del mayor calibre, los cazadores procuran situarse entre la manada y el agua; despues comienzan á gritos, disparan tiros, produciendo un ruido infernal, y avanzan lentamente hacia los animales, que espantados por aquel estrépito inusitado, se retiran poco á poco. Sucede á menudo que uno de los machos se resiste é intenta romper la línea de los cazadores; en este caso una bala dirigida al cerebro acaba con su vida; ó se le detiene atravesándole la boca de una lanzada, mientras llegan varios hombres armados de mazas para matarle ó aturdirle. Cuando se ha concluido con todos los machos que se resisten, comienza la carnicería en el resto de la manada. Los pobres animales se espantan de tal modo por la matanza de sus compañeros, que perdiendo el sentido, se bambolean y ruedan unos sobre otros cuando les parece imposible la fuga. Scammon asegura que en tales ocasiones se atropellan y amontonan en tan inmenso número, que los que están debajo mueren sofocados, en la verdadera acepción de la palabra. Al comenzar el ataque, toda la manada profiere gritos de terror, y los machos sobre todo dejan oír ese mugido extraño semejante al de los bueyes, pero mas largo y acompañado de un ruido que parece salir de la profundidad del pecho. Sin embargo, pronto guardan todos silencio, poseídos de espanto, y esperan con indiferencia su suerte. Ningun elefante marino ayuda á otro en el momento del peligro, y muy pocos piensan en defenderse; las hembras, sobre todo, no lo hacen nunca, sino que emprenden la fuga; y cuando se les corta la retirada, miran llenas de desesperación á su alrededor, derramando abundantes lágrimas.

«Yo he visto, dice Peron, una hembra jóven que lloraba muy affigida porque un brutal marino se divertía en romperle los dientes descargándole golpes con un remo; inspiróme compasión aquel animal; tenía la boca llena de sangre, y corrían las lágrimas de sus ojos.»

Despues de la matanza comiézase á descuartizar los animales con un agudo cuchillo; ábrese la piel á lo largo de toda la parte superior del cuerpo, separándola de la carne cuanto

es posible hacia los costados; despues se retira la capa de grasa, que tiene de 0^m,02 á 0^m,16 de grueso, y córtase en pedazos de 0^m,20 á 0^m,40 de largo por la mitad de esta medida de ancho; en cada uno de ellos se practica un agujero, por el cual pasa la cuerda para atarlos. Arrancada la piel y extraída la grasa de la parte superior, vuélvese al animal del otro lado y se procede del mismo modo que antes. Los cadáveres se arrojan despues al mar; los fardos de grasa se atan con cuerdas fuertes y de este modo se los llevan al buque, donde se corta aquella en pequeños pedazos para derretirlos y obtener el aceite. A causa de su pureza y buena calidad, este último es mucho mas apreciado que el de la ballena; véndese á subido precio y sirve principalmente para las lámparas. La carne es negra y aceitosa, y apenas se puede comer, por lo cual tiene muy poco valor; el corazón parece ser un buen bocado para los marinos, que aprecian sobre todo el hígado, á pesar de que, segun dicen, produce una soñolencia que dura varias horas. La lengua salada es una verdadera golosina. Los marinos consideran la grasa fresca como excelente remedio, y habiendo visto que las heridas que sufren estas focas se cierran muy pronto, empléanla en particular para curar las de arma blanca. Con la piel rígida, de pelaje corto, se hacen unos excelentes forros para baules grandes y tambien para arrees de caballo y de coche; la utilidad seria aun mucho mayor si las pieles mas grandes no fuesen tambien las mas malas á causa de las muchas cicatrices. La carne y la piel juntas no tienen ni relativamente tanto valor como la grasa; un individuo corpulento puede producir de 700 á 800 kilogramos, y de consiguiente una cantidad muy considerable.

Semejante ganancia que no guarda proporcion con las dificultades que ofrece esta cacería, es la causa de que desaparezcan los elefantes marinos. Estos infelices animales no pueden refugiarse, lo mismo que las ballenas, en las partes inabordables del mar; no pueden evitar su suerte; están condenados á esperar que el último de ellos haya sucumbido á manos del hombre.

LOS TRIQUEQUINOS— TRICHECHINA

Esta familia se compone de un solo género, designado con el nombre de triquequidos (*Trichechus*), y de una especie.

LA MORSA—TRICHECHUS ROSMARIUS

CARACTERES.—La morsa, el *seahorse* de los ingleses, el *rosmar* de los cazadores de focas noruegos, el *morsk* de los lapones, el *awuk* de los groenlandeses, y el *diud* de los habitantes de Siberia, es sin duda el mas monstruoso de todos los pinípedos. Este gigantesco animal alcanza una longitud de 6 á 7 metros, y cuando es adulto, un peso de 1,500 kilogramos; pero hoy día son muy raros los individuos de tales dimensiones. Así como en los perros marinos, el tronco, muy prolongado, es mas grueso en el centro, pero no se adelgaza tanto desde esta parte hacia atrás como en otros pinípedos. Del enorme tronco parten las extremidades en forma de grandes pedazos de piel, hacia fuera y abajo, de modo que se reconocen las articulaciones de los codos y de las rodillas; los pies tienen cinco dedos, provistos de garras cortas y obtusas; la cola es pequeña y parece un pedazo de piel. El tronco y la cabeza caracterizan sobre todo á este animal; la última es relativamente pequeña y redonda; dos cavidades dentarias de la mandíbula superior, que tienen la forma de esferas, comunicanla un aspecto deforme y abul-